

LA “REVOLUCIÓN” DE EGIPTO: MUY PRONTO PARA CONCLUIR, A TIEMPO PARA EXCLUIR

YASMINE FAROUK

“REVOLUCIÓN HASTA LA VICTORIA... REVOLUCIÓN EN TODAS LAS CALLES DE EGIPTO”

ESTA CONSIGNA FUE UNA DE LAS QUE MÁS SE VOCEARON en las calles de El Cairo a partir del 28 de enero de 2011. Los llamados a la insurrección popular habían iniciado desde principios de mes. Los movimientos políticos y sociales egipcios, como el “6 de Abril”, “Todos somos Khaled Said” y “Kefaya”, exhortaban a manifestarse en contra del régimen de Mubarak.¹ Si bien recurrieron básicamente a Facebook y Twitter, también emplearon antiguas técnicas, como la distribución de panfletos políticos. Cuando, tras la caída de Mubarak, se preguntó a miembros de estos grupos si habían imaginado que sus movilizaciones ganarían tal fuerza, éstos reconocieron que realmente no estaban conscientes de que sus movimientos conducirían a una “revolución”. Ello, pese a las esperanzas que la caída de Ben Ali en Túnez les había despertado. Sin embargo, el “viernes de la ira” fue un momento crucial, en el que se disiparon todas las dudas sobre las terminologías. Ese 28 de enero, aún más que el número de participantes, fueron las reacciones del régimen las que confirmaron que los egipcios estaban produciendo su propia “revolución”. Además de la escalada de violencia lanzada en contra de los manifestantes, las conexiones a celulares e Internet fueron suspendidas, se liberó a prisioneros para que aterrorizaran a las masas y tanquetas del ejército circularon por las calles de El Cairo, Alejandría y Suez por vez primera desde 1986.² Las “manifestaciones” que iniciaron el 25 de enero para exigir libertad, dignidad y justicia social se convirtieron en

¹ Un estudio de los movimientos y actores sociales que lideraron la revolución egipcia se encuentra en Joel Beinin y Frederic Vairel, *Social Movements, Mobilization and Contestation in the Middle East and North Africa*, Stanford, Stanford University Press, 2011.

² En febrero de 1986, los tanques del ejército entraron a El Cairo para aplacar las manifestaciones de policías contra Mubarak.

una “revolución” el 28 de enero, que clamaba por “el derrocamiento del régimen”.

Mientras que algunos quizá piensen que la “revolución” egipcia aún continúa, otros consideran que nunca empezó.³ Lo que explica esta discrepancia es la diferencia de percepciones. Para quienes participaron en las manifestaciones masivas y para los especialistas en la situación política de Egipto se trató, efectivamente, de una revolución de carácter social y político;⁴ para los politólogos y los observadores externos la evolución de la situación egipcia desde la caída de Hosni Mubarak revela que estamos frente a una “agitación política”, un “levantamiento”, una “primavera árabe”, pero no una revolución. Una de las razones que explican esta percepción quizá pueda hallarse en el enfoque desarrollado por Charles Tilly, según el cual:

Una revolución tiene dos componentes: una situación revolucionaria y un resultado revolucionario. Una situación revolucionaria [...] implica una soberanía múltiple: dos o más bloques hacen planteamientos efectivos e incompatibles para controlar el Estado o para ser el Estado. Esto ocurre cuando los miembros de un grupo político antes subordinado [...] reivindica su soberanía, cuando contendientes que no gobiernan se unen en un bloque y logran obtener el control sobre una porción del Estado y cuando un grupo político se fragmenta en dos o más bloques, cada uno de los cuales ejerce control sobre una parte importante del Estado.⁵

En teoría, entonces, de acuerdo con esta definición, el caso egipcio no posee los elementos de una revolución. En primer lugar, tendremos que ver en los próximos años cuáles son los resultados del levantamiento del 25 de enero para poder juzgar si se trata de un resultado revolucionario o no. En segundo lugar, hasta este momento el Estado egipcio sigue siendo manejado por miembros del *antiguo régimen*, quienes pertenecen al estamento militar y al aparato burocrático del Estado. En efecto, la jerarquía militar egipcia es considerada en general como la única alternativa “legítima” a Mubarak. Ni los movimientos pro-democráticos y juveniles ni los amplios segmentos del pueblo egipcio que se unieron a ellos pretendieron nunca controlar el Estado en lugar de Hosni Mubarak y su “camarilla”. Lo único que querían era “sacarlo”, sólo eso.

³ Observaciones hechas durante un taller internacional que tuvo lugar en Argelia, titulado: “El mundo Árabe: ¿revolución o revueltas?”, Argelia, 28 de septiembre-2 de octubre de 2011.

⁴ Amr El-Shobaki, “*waqʿ wa mostaqbal al-thawra al-misriyah* [El presente y el futuro de la revolución egipcia], Arab Forum for Alternatives, 28 de junio de 2011.

⁵ Charles Tilly, *European Revolutions: 1492-1992*, Oxford, Blackwell, 1993, p. 10.

En la práctica, la dicotomía entre la percepción interna según la cual se trató de una “revolución” y la visión, en su mayoría externa, que concibe el caso egipcio como parte de la “primavera árabe” recuerda la infausta oposición entre los enfoques locales *versus* los extranjeros con respecto a la política árabe/del Medio Oriente. Esto debe ubicarse en el marco de los eternos debates que contraponen lo que la mayoría de los árabes considera resistencia y que otros perciben como terrorismo; lo que la mayoría de los árabes consideraba estancamiento político y opresión, y que los “externos” veían como estabilidad.

No obstante, sería injusto acusar a quienes “des-revolucionan” lo que ocurrió en Egipto de estar en un estado de negación o de subestimar el cambio que tuvo lugar. De hecho, muchos observadores dentro de Egipto, incluida la autora, somos cautelosos en el uso de las palabras para describir lo sucedido. Creemos que el verdadero motivo que explica las distintas percepciones son los términos teóricos de referencia que usamos y el análisis en el que nos basamos. En este artículo empleamos la palabra “revolución” con base en estos dos elementos, como se explica en varias partes del texto.

Es por ello que este trabajo pretende deconstruir algunas de las terminologías y enfoques que se utilizan para definir el proceso político en Egipto. Nuestro propósito no se limita a definir si estamos o no frente a una revolución, en el sentido científico del término; también esperamos deconstruir ciertas ideas políticas comunes que se tienen sobre Egipto. De esta forma, el artículo aborda las paradojas sobre las que se sostienen algunos de los términos e ideas tradicionales sobre la situación política del país. Entonces, no falsifica los argumentos existentes, sino que abre las puertas a interpretaciones alternativas de esas mismas terminologías y esos mismos fenómenos sociales. La idea central de este trabajo es que, aunque ciertos indicadores científicos del pasado no nos conduzcan a concluir que estamos frente a una “revolución”, tal vez sí lo estemos.

Empezamos por revisar la lógica popular que predomina en los libros y artículos del siglo XXI relativos al proceso de “democratización” que *supuestamente* estaba teniendo lugar en Egipto. La segunda parte intenta explorar los aspectos “revolucionarios” del levantamiento egipcio. Usando los lentes de la teoría reconocida, examinamos lo que el caso egipcio tiene y no tiene en común con otras grandes revoluciones sociales que el mundo ha conocido. La tercera parte plantea que el levantamiento egipcio dejó ver cómo se ha sobreestimado y se ha dado una errada exclusividad al islam político como *la* principal amenaza al régimen egipcio. La última parte del trabajo sostiene que, si bien experiencias internacionales del pasado muestran que cada caso de transición política debe hacer frente a problemas específicos e inherentes, existen también retos que son comunes a todos los gobiernos de transición

del mundo. Por tanto, el artículo concluye con una evaluación de los principales desafíos que enfrentan los actores políticos durante la fase de transición política.

Si bien nos propusimos impugnar algunos enfoques y análisis deterministas sobre la política y la sociedad egipcias, no afirmamos que los argumentos que aquí exponemos sean irrefutables. Mientras escribimos estas líneas, allá la situación política, económica y social está cambiando. Por tanto, este artículo no ofrece sino un intento por desarrollar algunas hipótesis basadas en la observación, análisis y participación en el cambio político que actualmente está teniendo lugar en Egipto. Es posible que en algunos meses, años o quizá más, las siguientes hipótesis deban ser reconsideradas.

ESTE NO ES EL FRUTO DE UN PROCESO DEMOCRATIZADOR

En Egipto, resulta casi ofensivo usar otro término que no sea el de “revolución” para describir la formidable transformación que está viviendo el país. Para entender tal sensibilidad debemos volver a ver el escenario político que había en vísperas del levantamiento del 25 de enero. Sólo haciendo una comparación con el entorno político en el que vivían los egipcios antes de esa fecha puede comprenderse por qué ellos describen su logro como una “revolución”.

La movilización política en Egipto durante el mandato de Mubarak no estuvo muerta, sobre todo en la última década de su régimen. A partir de 2004 hubo un renacimiento en las protestas políticas a lo largo del país, el cual fue el fruto de muchos acontecimientos locales y regionales. La Intifada palestina de 2001, las presiones de Estados Unidos después del 9/11 para la democratización del mundo árabe y el derrocamiento de Saddam Hussein en 2003 fueron todos ellos eventos que empujaron al régimen de Mubarak a elevar el umbral de tolerancia hacia el activismo político. El propósito del régimen era dar la imagen de que su régimen autocrático vivía una democratización política y permitir cierta “ventilación” a fin de evitar que ocurriera una explosión política violenta. En el plano nacional, la aterradora perspectiva de que Gamal, el hijo de Mubarak, heredara el poder, aunada a la deteriorada salud del mandatario, así como al referéndum presidencial y las elecciones parlamentarias que estaban próximas a realizarse, revitalizaron la oposición política a su régimen. Estos últimos tuvieron lugar en el contexto de las recién creadas asociaciones y movimientos políticos. De acuerdo con el politólogo y activista Rabab Elmahdi: “Por primera vez en más de cinco décadas, Egipto atestiguó el surgimiento de un movimiento de protesta que exigía el fin del gobierno de un solo

partido. En un año, Egipto vivió más manifestaciones opositoras, mítines y organización de grupos disidentes no violentos como no había visto en los últimos 25 años".⁶

Durante el periodo de 2004 a 2008 se crearon importantes bastiones para el activismo político y social de Egipto. Los movimientos más populares y estudiados son Kefaya (el Movimiento Egipcio por el Cambio), la Campaña Popular por el Cambio, la movilización de los Jueces dentro de su club y el Movimiento Juvenil 6 de Abril. Estos movimientos políticos y otros de carácter social organizaron manifestaciones y plantones en torno a diversos temas políticos, económicos y sociales. La mayoría de ellos clamaba no sólo por reformas democráticas, sino también por democracia. Su acción allanó el camino para que se organizaran más huelgas obreras y mítines en torno a causas específicas. Durante el mes de marzo de 2007, Egipto vivió cinco huelgas, tres manifestaciones masivas y cuatro plantones.⁷

Esta nueva ola de protestas políticas tuvo dos rasgos innovadores. El primero fue la presencia de coaliciones pertenecientes a diversas orientaciones políticas e ideológicas: islamistas, liberales e izquierdistas unieron sus filas y se adhirieron a las mismas estructuras.⁸ Estas nuevas estructuras también marcaron el preludio de la ruptura con los antiguos partidos de oposición y la muerte política de antiguas figuras de la oposición. Asimismo, estas nuevas estructuras políticas eran muy incluyentes en términos de afiliaciones políticas e ideológicas, así como de grupos generacionales.

Mientras que para algunos observadores y autores esta euforia señalaba que el cambio estaba por llegar,⁹ otros decían que carecía de bases populares y que no las involucraba en movilizaciones políticas contra el régimen.¹⁰ Los ataques contra los activistas políticos y de derechos humanos, los arrestos y torturas a los manifestantes, los ultrajes contra los detenidos políticos, el enjuiciamiento de varios editores en jefe de diarios independientes, el encarcelamiento de Ayman Noor,¹¹ así como la renovación del mandato

⁶ Rabab El-Mahdi, "Enough! Egypt's Quest for Democracy", *Comparative Political Studies*, núm. 42, 2009, p. 1011.

⁷ Youssef Ahmed y Mossaad Nevine, *Hal Al-ummah al-'arabiyah 2007-2008* (El estado de la nación árabe), Beirut, Centre for Arab Unity Studies, 2008, p. 94.

⁸ Observaciones hechas por la autora durante varios estudios de campo realizados en Egipto en 2007.

⁹ Rabab El-Mahdi y Philip Marfleet, *Egypt: The Moment of Change*, El Cairo, American University in Cairo Press.

¹⁰ Amr Hamzawy y Nathan J. Brown, "Arab Spring Fever", *The National Interest*, 27 de agosto de 2007.

¹¹ Ayman Nour era un miembro liberal del parlamento y fundador del partido de oposición Al-Ghad en 2004. Como líder opositor político, Ayman Nour fue candidato presidencial contra Mubarak durante las primeras elecciones presidenciales de Egipto, en 2005. Quedó en

presidencial de Mubarak aunado al estado de emergencia fueron, todos ellos, hechos que produjeron desesperanza y frustración. Así, al observar el resultado final vemos que esta ola de políticas beligerantes no fue la que logró echar a andar el proceso de democratización en Egipto.

Las elecciones parlamentarias de 2010 vinieron a confirmar ese panorama apocalíptico. Fueron el escenario de un importante revés político, orquestado por el régimen e intensificado por las prácticas de los partidos de oposición y la apatía política del pueblo. El fraude electoral dio lugar a un Parlamento en el que el Partido Democrático Nacional (PDN) ocupaba 420 escaños, dejando 69 a algunos partidos minoritarios “independientes”, pro y contra el PDN, y sólo 15 curules para los partidos de oposición.¹² En otras palabras, el PDN ocupó 93.3% de los escaños, contra 3% para la oposición política y el resto para los candidatos independientes.

Además de los factores internos antes mencionados, la así llamada “doctrina Obama” contribuyó a frenar el posible proceso democratizador. Cuando el presidente Obama tomó el poder, declaró una clara ruptura respecto de la política intervencionista hacia Medio Oriente que había practicado su predecesor. Su Estrategia de Seguridad Nacional, promulgada en mayo de 2010, anunció que Estados Unidos cesaría en su intento de imponer su modelo político al mundo y que más bien lo tomaría “tal como es”. El modelo de Estados Unidos invitó a otros a seguirlo. Este discurso gustó a los pueblos y gobiernos árabes. La sola declaración de una política de no interferencia mejoró la imagen de Estados Unidos ante el mundo árabe, en general, y alivió las tensiones en las relaciones de ese país con Egipto, en particular. Sin embargo, si bien no todos los movimientos pro-democráticos egipcios aprueban las presiones estadounidenses a favor de la democracia, éstas obligaron antes al régimen a hacer algunas concesiones, sobre todo en cuanto a la expresión y movilización políticas. La necesidad de Obama de hacer un cambio de página en la relación de su país con los poderes regionales árabes envió un mensaje al régimen egipcio en el sentido de que su gobierno regresaría a la antigua ecuación de no intervenir en los asuntos internos de Egipto a cambio de un apoyo incondicional a las políticas de Estados Unidos hacia el Medio Oriente. La intención se confirmó cuando el gobierno estadounidense avanzó en su decisión de reducir a la mitad su ayuda no militar a Egipto. Los recortes financieros incluían fondos desti-

segundo lugar, después de Mubarak, y rápidamente fue acusado y apresado por haber supuestamente falsificado los contratos que le permitieron crear su partido. Fue liberado en 2009.

¹² Los catorce escaños restantes se dividen de la siguiente manera: cuatro están vacantes debido a violaciones a la ley cometidas durante el proceso electoral y el Presidente de la República nombra a los otros diez miembros.

nados a apoyar a movimientos pro-democráticos egipcios.¹³ El gobierno de Obama también decidió restringir su cooperación a las organizaciones de la sociedad civil registradas ante el gobierno egipcio, si bien muchos de los movimientos pro-democráticos más influyentes no están registrados ni pueden, por desgracia, hacerlo.

Por todo lo antes dicho, no consideramos que la revolución sea un logro directo de un proceso de democratización instigado por la sociedad civil y abrazado por ella. El régimen de Mubarak trató de evitar la democratización por medio de una liberalización política controlada que no pusiera en peligro el núcleo de su régimen autocrático. Entretanto, la coerción estaba volviéndose el principal instrumento del régimen frente a la impugnación política a su gobierno. Hacia 2011 el régimen de Mubarak había perdido definitivamente todos los logros políticos, estratégicos, sociales y económicos y todos los valores estatales que pudieran permitirle reproducir su legitimidad. Mubarak no tenía ninguna base tradicional, carismática o racional para sustentar su poder.

Este negro panorama es la razón misma por la cual podemos considerar que lo que siguió al 25 de enero fue una “revolución”. Al respecto, el levantamiento del 25 de enero refleja una abrupta ruptura con el pasado en muchos aspectos. En primer lugar, señala la muerte de la apatía política en Egipto. A partir de la caída de Hosni Mubarak, nacieron 25 partidos y más de doscientas coaliciones juveniles.¹⁴ Éste es un aspecto saludable de todo periodo de transición, como lo muestran las evidencias en otros países. En Egipto están ocurriendo manifestaciones diarias a lo largo del país que demandan la restauración de los derechos civiles, políticos, económicos y sociales. Asimismo, grupos de jóvenes han creado asociaciones para despertar la conciencia política entre las masas y apoyar la movilización política. Así, el activismo político tanto de las masas como de los intelectuales, así como de las élites económicas, obligó al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas a revisar muchas de sus decisiones. Éstos incluían el juicio de civiles frente a tribunales militares, nuevas leyes para organizar la práctica de los derechos civiles y políticos, así como reglas y procedimientos para realizar las elecciones parlamentarias y seleccionar a los miembros del gabinete. Uno de los signos más patentes de que sí ocurrió una revolución en Egipto es la percepción que tiene la población de los “militares”, tal como se refleja en la prensa, en la televisión y en redes sociales como Facebook y Twitter. Ha habido una revolución en la imagen del ejército, al pasar de

¹³ <http://carnegieendowment.org/2010/04/07/shifts-in-u.s.-assistance-to-egypt-alarm-democracy-advocates/sg>

¹⁴ *Al-Ahram*, 29 de septiembre de 2011.

ser una institución “sagrada, tabú, intocable” a un actor político cuyas acciones y decisiones son abiertamente criticadas y cuyo estatus en el sistema político actual y futuro es claramente cuestionado.

ÉSTA NO ES UNA REVOLUCIÓN SOCIAL

Si comparáramos el caso egipcio con la Revolución francesa de 1789, la Revolución rusa de 1917 o incluso la Revolución iraní de 1979, tendríamos que concluir que lo que sucedió en Egipto tal vez no fue una revolución. Según Theda Skocpol, Francia y Rusia representan “revoluciones sociales”:

Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y básicas de las estructuras estatales y de clase de una sociedad; y son acompañadas y en parte realizadas por revueltas clasistas, desde abajo. Las revoluciones sociales se diferencian de otros tipos de conflictos y procesos transformadores ante todo por la conjunción de dos coincidencias: la coincidencia de un cambio estructural societal con levantamientos de clase, y la coincidencia de transformaciones políticas y sociales.¹⁵

Esta definición difiere de lo que ocurrió en Egipto, lo cual plantea, en efecto, una paradoja. El movimiento del 25 de enero refutó los informes y análisis sobre la desaparición de la clase media egipcia, perdida en la brecha cada vez más grande entre las dos clases, las de la cúspide y la base de la pirámide social. En un país en el que 40% de la población vive por debajo del umbral de pobreza y millones habitan en barracas en los márgenes de las grandes ciudades, se esperaba que Egipto enfrentara una serie de “rebeliones del pan”, similares a las que asolaron al país en 1977. En 2010, el gobierno había impuesto topes a los importadores de trigo del Medio Oriente.¹⁶ No fue, por tanto, sorprendente que una de las principales demandas del movimiento popular fuera la de “justicia social”. Si bien los informes del Banco Mundial sobre Egipto presentaban al país como un modelo de desarrollo económico, el cual había alcanzado la cifra de 7.2% en 2009,¹⁷ esos informes, así como otros internacionales, ignoraban que el crecimiento económico no estaba vinculado con el desarrollo económico y humano. Sólo el círculo más alto de clientes del régimen de Mubarak

¹⁵ Theda Skocpol, *Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1979, p. 4.

¹⁶ Annia Ciezadlo, “How Food Riots Prevent (and Provoke) Revolutions in the Middle East”, *Foreign Affairs*, 31 de marzo de 2011.

¹⁷ <http://data.worldbank.org/country/egypt-arab-republic>

cosechaba los frutos del crecimiento económico. Este círculo encarnaba el vínculo entre dinero y poder. Ahora bien, la revolución egipcia no fue una revolución social de acuerdo con la definición de Sckocpol, pues no fue una revuelta de abajo hacia arriba que tuviera el fin de reestructurar el orden socioeconómico, revirtiéndolo. Pero esto no implica negar que el rechazo a las políticas económicas neoliberales estuviera en el corazón del levantamiento. No sólo exigían justicia social para todos, sino que más adelante se unieron a ellos los obreros, los empleados y las clases sociales más bajas, dando al movimiento el ímpetu que necesitaba. De acuerdo con Joel Beinin:

[Las] explicaciones más renombradas [sobre el levantamiento egipcio] ignoran o minimizan, como lo hicieron las interpretaciones del régimen de Mubarak que antes prevalecieron, la enorme ola de acción colectiva de los trabajadores que venía desde finales de la década de 1990. Millones de obreros habían participado en 4000 huelgas, plantones y otras formas de protesta, con los que afectaron a prácticamente todas las principales poblaciones y a cada sector de la economía. Fue el movimiento social más grande y más apoyado en Egipto y el mundo árabe desde finales de la Segunda Guerra Mundial (salvo por la guerra de independencia de Argelia). También representó un importante laboratorio para la democracia; estas acciones fueron dirigidas por comités de huelga elegidos o líderes locales, no por los sindicatos oficiales. Si bien casi siempre inarticulado, este movimiento obrero fue una respuesta a la reestructuración económica neoliberal de Egipto, que estaba teniendo lugar desde 1991 y, aún más vigorosamente, desde el nombramiento del ahora desaparecido “gobierno de los empresarios” en julio de 2004.¹⁸

Sin embargo, los motines y huelgas sociales y económicos rara vez alcanzaron la fuerza que requerían para provocar una movilización de masas. Por años, el régimen había podido defenderse de esos movimientos de protesta y ofrecía concesiones cuando llegaban a paralizar al sector productivo. El régimen de Mubarak incluso cooptó algunos de estos movimientos y trató de sabotearlos, como ocurrió con las manifestaciones masivas de El-Mahalla El-Kubra, en 2008. De hecho, la clase política que se instaló desde el golpe de Estado revolucionario de 1952 ya había hecho el trabajo de invertir la pirámide sociopolítica. El propio Mubarak, la jerarquía militar e incluso la cúpula del Partido Democrático Nacional y los clientes del régimen, todos

¹⁸ Joel Beinin, “Workers and Egypt’s 25th of January Revolution: Shifting the Discussion from Autocracy/Democracy to Political Economy and Equity”, en http://www.jadaliyya.com/pages/TME1/1400/workers-and-egypts-january-25th-revolution_shiftin

ellos escalaron la pirámide social y política de Egipto mediante corrupción, el aparato militar y el clientelismo. Por tanto, no fue una lucha de clases violenta entre los “ricos” y una clase revolucionaria políticamente organizada¹⁹ de los “desposeídos”, como la que ahora está teniendo lugar en Wall Street, en Estados Unidos. Los egipcios tomaron las calles para rebelarse contra los efectos secundarios sociales de las políticas neoliberales del gobierno de Nazif. Sin embargo, los trabajadores no convocaron a las manifestaciones del 25 de enero, que sucedieron en el “Día Nacional de la Policía”, para protestar contra la brutalidad del régimen represivo. Además, las huelgas y manifestaciones de los obreros no exigían la caída del régimen de Mubarak. Si este último hubiera remediado los descalabros sociales de sus políticas económicas, miles de egipcios no se habrían rebelado contra él y, quizá, hoy aún seguiría en el poder. Asimismo, durante la fase de transición se dio prioridad al cambio en las estructuras políticas del Estado, en los debates públicos y las negociaciones con los dirigentes militares del país. En este último caso, los trabajadores han sido totalmente excluidos de las negociaciones que están teniendo lugar entre las fuerzas políticas, por una parte, y el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, por la otra. La mano de obra egipcia sigue luchando por sí sola, sin haber logrado conformar las coaliciones necesarias con las fuerzas políticas.²⁰ Sin embargo, su lucha podría cambiar el rostro del levantamiento egipcio y convertirlo en una revolución social, pues, como señala Nadine Abdalla:

Los movimientos de protesta social han tenido un incremento sin precedentes tras la explosión de la Revolución del 25 de enero. Estas protestas han registrado, en algunos días, alrededor de 200 eventos; en el periodo que va del 12 al 14 de febrero (es decir, después de la renuncia del presidente Mubarak, el 11 de febrero) ha habido entre 40 y 60 protestas por día en todos los sitios (productivos, industriales y de servicios), abarcando diversas regiones geográficas en todo el país, a tal punto que el 14 de febrero de 2011 el Consejo Militar tuvo que apelar a su Quinta Declaración para “poner fin a las protestas y brindar al gobierno una posibilidad justa de trabajar.”²¹

Esto nos deja con la interrogante de si se trató o no de una “revolución”. Si bien es demasiado pronto para juzgar si el cambio, transformación, revuelta o levantamiento que tuvo lugar en Egipto fue una revolución, de

¹⁹ Skocpol, *Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, p. 8.

²⁰ Nadine Abdalla, “Social Protest in Egypt: A Socio-Political Perspective”, Arab Forum for Alternatives Research Paper.

²¹ *Loc. cit.*

acuerdo con los paradigmas intelectuales establecidos, sí podemos decir por ahora que en Egipto no existen la violencia, ideología, amplias coaliciones, opositores organizados y otros elementos que tradicionalmente se relacionan con los caminos revolucionarios.

LOS ISLAMISTAS NO SON QUIENES CONDUCE ESTA REVOLUCIÓN

El islam político ha ocupado el lugar preponderante en la ciencia política y los análisis políticos relativos a la política beligerante y de oposición en Egipto y el mundo árabe, en tanto que otros movimientos políticos y sociales no islamistas fueron dejados al margen. Esto fue así incluso luego de que nuevos movimientos sociales y políticos de protestas resurgieron en Egipto en el siglo XXI. De hecho, Egipto es el lugar de nacimiento de la organización política islamista más grande, antigua y mejor estructurada del mundo árabe: los Hermanos Musulmanes (HM). Salvo por los militares y otros movimientos islamistas violentos, se decía que los HM representaban la mayor y única amenaza al régimen de Mubarak. Más aún, en los círculos académicos y políticos nacionales, regionales e internacionales se consideraba a los HM como la única alternativa al gobierno “secular/civil” y autocrático de Mubarak. Este último apoyaba dicha interpretación a fin de ganar el apoyo de la izquierda liberal de Occidente y de los coptos egipcios a su gobierno autocrático.

La radicalización armada de algunos movimientos islamistas en la década de 1990 incrementó la polarización de la política egipcia, entre el régimen de Mubarak y los “islamistas”. Esta dicotomía habría de percibirse tanto en la producción académica como en la política real. En esos años, pese a que el régimen de Mubarak hacía uso del poder *duro* para reprimir a los movimientos islamistas armados (*Al-jama'at al-isalmiyah*), los HM mantenían su activismo político y social en el nivel de las bases populares. Esto lo hacían mediante la creación de redes de servicios económicos y sociales, las cuales les permitían infiltrarse con enorme éxito entre las clases más populares, pero también en los sindicatos, los intelectuales y la clase media. Por su parte, las otras fuerzas políticas no islamistas constituían organizaciones de oposición débiles, que carecían de bases populares y oscilaban entre las coaliciones utilitarias que en unos momentos establecían con los HM y los arreglos políticos a los que, en otros momentos, llegaban con el régimen. Por ello, los Hermanos Musulmanes siempre se vanagloriaban de su lucha política solitaria y “santa” contra el régimen, así como de los excepcionales sacrificios humanos y financieros que ella les costaba. No obstante, los Hermanos jugaban el mismo juego y también oscilaban entre los arreglos

hechos con otros partidos de oposición y los pactados con el régimen de Mubarak.

Los ataques del 11 de septiembre pusieron más “de moda” la producción académica sobre el islam político y las redes islamistas. Aunque los movimientos no islamistas fueron los principales instigadores del activismo político en el siglo XXI, los Hermanos Musulmanes mantuvieron su estatus como la principal fuerza de oposición política frente al régimen de Mubarak, sin que con ello se niegue que siguen monopolizando importantes reservas de movilización de masas. En los círculos académicos y políticos occidentales a menudo se hacía una asimilación deliberada entre la creciente religiosidad de la sociedad egipcia, la simpatía popular hacia los HM procesados por el régimen y la adhesión formal a los *Ikhwan* (Hermanos).

Por tanto, otro importante aspecto revolucionario del levantamiento egipcio es, en efecto, su fuerza propulsora no islámica. De hecho, los *Ikhwan* adoptaron una estrategia más bien “oportunist” desde el inicio de la rebelión, que sigue hasta la fecha. El llamado a manifestarse del 25 de enero fue lanzado por lo que antes llamamos los “nuevos movimientos políticos”. Al principio, los HM publicaron un comunicado en el que decían que boicotearían las manifestaciones;²² sin embargo, los líderes *Ikhwan* declararon que los miembros podrían participar “a título personal”. Los HM se unieron oficialmente a la movilización desde el 28 de enero, cuando la revolución ya estaba cobrando más fuerza. Se entremezclaron deliberadamente con las masas para contener las consignas islamistas y sumar su disciplina y peso demográfico a la eficiente organización de los manifestantes y la resistencia organizada de la policía egipcia. En el apogeo de la revolución, los Hermanos participaron en el diálogo directo con Omar Soliman, vicepresidente de Mubarak.

A este respecto, un elemento innovador muy importante de la revolución egipcia es la fragmentación del enfoque holístico de los “islamistas” y la exposición de escisiones dentro de los propios HM. Por vez primera, los “salafis” egipcios adquirieron una identidad política durante la revolución y tras la remoción de Mubarak. Se distinguieron frente a los HM e incluso compitieron contra ellos. Hoy en día, los “salafis” tienen tres partidos políticos oficiales y un candidato presidencial. Algunos Hermanos Musulmanes que se separaron de la hermandad muchos años atrás finalmente recibieron su licencia oficial para crear su partido islamista moderado, Al-Wasat, en febrero de 2011, el cual compete actualmente contra los HM dentro y fuera del espacio del islam político en Egipto. Dentro de los HM, el grupo *Shabab El Ekhwan* (Juventudes de los HM) también se desvinculó y participó

²² *Al-Dostour*, 19 de enero de 2011.

en las coaliciones juveniles que se crearon durante y después de la revolución. Actualmente está creando su propio partido político y muchos de sus integrantes contravinieron las órdenes de sus superiores al apoyar a un antiguo miembro de los HM, quien desertó de la hermandad y decidió postularse a la presidencia de la República. En el caso de un movimiento tan estrictamente jerárquico como los HM, la revelación de tales divisiones y desobediencia entre las filas constituye por sí misma una revolución.

Por último, pero no menos importante, es el hecho de que la fase de transición actual desmitificó aún más el carácter “islámico” y “santo” de la hermandad y la mostró como un actor político más bien pragmático, como cualquiera de los otros. Sus maniobras políticas dejaron ver que seguían una estrategia oportunista, en la cual estaban invirtiendo todos sus recursos como la fuerza política más organizada y arraigada. Durante la primera parte del periodo de transición, los HM se alinearon con las decisiones del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) y se negaron a crear coaliciones con las fuerzas políticas no islamistas que aspiraban a ser un contrapeso frente al Consejo durante el periodo de transición. Los HM se negaron a tomar parte en los motines de Tahrir, posteriores a la caída de Mubarak, contra algunas de las decisiones del CSFA, como la declaración de un estado de emergencia y de tribunales militares para los civiles. Incluso dirigieron, junto con otros movimientos islamistas, un “Viernes Islamista” en Tahrir, en apoyo al Consejo militar, cuando todas las otras fuerzas políticas criticaban la forma en que el CSFA estaba manejando la fase de transición. Sin embargo, cuando “los militares” empezaron a responder a algunas demandas ajenas a los HM, relativas a la composición de la asamblea constituyente que redactaría la próxima Constitución egipcia, los Hermanos se pusieron a la cabeza de las críticas sobre el manejo de la fase de transición por parte de los militares. Los HM llegaron incluso a “advertir” al CSFA que no emitiera principios constitucionales generales que pudieran limitar la participación de sus miembros en la futura asamblea constitucional.²³ De hecho, los HM esperaban que la “sobrerrepresentación” en el próximo Parlamento les permitiría formar la mayoría de la asamblea constitucional. Por tanto, rechazan toda restricción a las acciones de la asamblea, sobre todo aquellas que buscan los partidos liberales y de izquierda, tendientes a garantizar el carácter no islamista del Estado egipcio. Entretanto, las posturas hegemónicas de los HM dentro de la “Coalición Democrática por Egipto”, que se creó con 34 partidos, provocó el retiro de ocho de ellos, incluidos los islamistas.

Los actores políticos islamistas y, en particular, los HM, aún mantienen una proporción arrolladora de los recursos humanos y técnicos, lo que les

²³ *Al-Ahram*, 28 de septiembre de 2011.

permite ejercer un gran peso sobre la política egipcia, especialmente durante la fase de transición. Sin embargo, la “resistencia” por parte de otros partidos seculares liberales y de izquierda sigue evitando que haya un monopolio islamista sobre la transición política de Egipto.

LA FASE DE TRANSICIÓN DE EGIPTO: ÚNICA, PERO NO EXCEPCIONAL

Sea o no sea una revolución, lo cierto es que Egipto está viviendo un periodo de transición, en el cual los principales componentes políticos, sociales y económicos del *ancien régime* ya no están presentes. Los movimientos sociales y los ciudadanos ordinarios que tomaron las calles, clamando por dignidad, libertad, pan y justicia social, no parecen estar cejando en su lucha, como lo revela la multiplicación de las huelgas, plantones y manifestaciones en día viernes, para criticar al gobierno militar del país. El proceso de transición está siendo también un proceso de aprendizaje para los gobernantes y los gobernados. Los grupos y partidos de oposición se han vuelto más conscientes de sus diferencias, lo que puede explicar la “explosión” en el número de partidos y coaliciones juveniles: éstas suman hoy más de doscientas, mientras que los primeros ascienden a más de cincuenta y hay otros tantos “en construcción”.²⁴ Esta euforia podría verse como un fenómeno saludable y “normal”, tras décadas de opresión política; sin embargo, la fragmentación de la estructura política reduce su peso en las negociaciones con los actuales dirigentes militares del país.

La fase de transición dejó ver dos resultados importantes de la estrategia de despolitización que aplicó Mubarak durante tres décadas de gobierno autocrático. Por una parte, el estamento militar de Egipto no tiene interés en regir al país, sino que más bien pretende garantizar una supremacía por la cual no deba rendir cuenta alguna al futuro régimen gobernante. En otras palabras, los “militares”, como los llamaron los medios de comunicación independientes de Egipto, pretenden preservar su imperio económico y la opacidad de su presupuesto y de sus relaciones con Estados Unidos, además de no quedar subordinados a ningún poder civil. Por otra parte, la despolitización del aparato militar privó a los actuales dirigentes del país de las habilidades necesarias para conducir la transición política de Egipto. Es por ello que vemos desidia y reactividad en la toma de decisiones, mala comunicación con la opinión pública, un proceso errático en la formulación de políticas e improvisación en la agenda de transición y en las prioridades de acción. Más aún, las autoridades militares están imponiendo

²⁴ <http://ara.reuters.com/article/topNews/idARACAE79909F20111010>

cada vez más restricciones a la libertad de expresión de los medios, como lo mostró su decisión de cerrar algunos canales privados y la censura a un par de programas de televisión.

La urgencia que plantea una situación tan compleja deriva de la ausencia de una alternativa política al régimen militar durante la fase de transición. Otro aspecto crucial es que los propios militares sólo delegarán el poder a un gobierno elegido. Por tanto, imponen fuertes restricciones al actual gobierno de transición.

El militar es el único cuerpo que goza de legitimidad política, tanto entre la opinión pública como ante la estructura política. Ello sucede pese al hecho de que los militares formaron parte integral del régimen de Mubarak, quien no permitió que se desarrollara un contendiente capaz de ofrecer una alternativa al gobierno militar para el periodo de transición. Entretanto, la caída del apoyo popular al gobierno militar amenaza la fase de transición con un vacío de poder que podría llevar al caos al país.

Pero estos dilemas no son exclusivos del caso egipcio. Países como Chile, Sudáfrica e Indonesia enfrentaron la misma disyuntiva de “negociar con los militares”. Sin embargo, la principal diferencia radica en que, en esas naciones, se crearon coaliciones y los contendientes presentaron una extensa agenda para las prioridades y principios constitucionales amplios para conducir la fase de transición. Estos pasos y otros cruciales aún no están siendo dados en Egipto. La falta de seguridad, la ausencia de justicia de transición y la incapacidad de la economía para iniciar mecanismos de justicia social se suman a los retos del periodo de transición.

Una situación tan compleja no sólo amenaza el avance del periodo de transición, sino que también pone en peligro la fe del pueblo en la democracia, suscita la nostalgia por los viejos tiempos de “estabilidad” y “subsistencia” bajo el régimen autocrático y hace que el riesgo de un golpe de Estado militar siga latente.

Traducción de LORENA MURILLO S.

BIBLIOGRAFÍA

- Abdalla, Nadine, “Social Protest in Egypt: A Socio-Political Perspective”, Arab Forum for Alternatives Research Paper, 15 pp.
- Beinin, Joel, “Workers and Egypt’s 25th of January Revolution: Shifting the Discussion from Autocracy/Democracy to Political Economy and Equity”, en http://www.jadaliyya.com/pages/TME1/1400/workers-and-egypts-january-25th-revolution_shiftin

- Beinin, Joel y Frederic Vairel, *Social Movements, Mobilization and Contestation in the Middle East and North Africa*, Stanford, Stanford University Press, 2011.
- Ciezahl, Annia, "How Food Riots Prevent (and Provoke) Revolutions in the Middle East, *Foreign Affairs*, 31 de marzo de 2011.
- El-Mahdi, Rabab, "Enough! Egypt's quest for Democracy", *Comparative Political Studies*, núm. 42, 2009, pp. 1011-1039.
- El-Mahdi, Rabab y Philip Marfleet, *Egypt: The Moment of Change*, El Cairo, American University in Cairo Press.
- El-Shobaki, Amr, "waqe` wa mostaqbal al-thawra al-misreyah [El presente y el future de la revolución egipcia], Arab Forum for Alternatives, 28 de junio de 2011.
- Hamzawy, Amr y Nathan J. Brown, "Arab Spring Fever", *The National Interest*, 27 de agosto de 2007.
- Skocpol, Theda, *Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1979, p. 4.
- , *Social Revolution in the Modern World*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1994.
- Tilly, Charles, *European Revolutions: 1492-1992*, Oxford, Blackwell, 1993.
- Youssef, Ahmed y Nevine Mossaad, *Hal Al-ummah al-'arabiyah 2007-2008* [El estado de la nación árabe], Beirut, Centre for Arab Unity studies, 2008.